

ral se halla solo en el camino de la virtud? Y que en el campo de el vicio, debaxo de la apariencia de flores, solo se producen espinas.

35 Solo un argumento tenemos que disolver. Este se toma de aquella sentencia de Christo en S. Matheo, en que el gran Maestro nos asegura que es ancho; esto es, facil el camino que lleva á la perdicion; y al contrario estrecha; esto es, laboriosa la senda que conduce á la vida inmortal.

36 Digo que este lugar es preciso conciliarle con el otro alegado arriba, en que el mismo Salvador convida á los pecadores á que sigan el camino de la virtud, proponiéndoles el descanso, y suponiéndolos congojados debaxo de el peso de el vicio: *Venite ad me omnes qui laboratis*, &c. Es preciso componerle con la dulce sentencia que en otra parte nos intima, que el yugo de su ley es suave, y su peso leve. Tambien se ha de poner en armonía con lo que David nos enseña, de que es ancho el camino de los divinos Preceptos, ó los Preceptos mismos: *Latum mandatum tuum nimis*. En fin, de tal modo se ha de entender aquel texto, que no esté discorde con la razon, y con la experiencia.

37 Facil es la salida, diciendo que la gracia suaviza lo que es áspero á la naturaleza: y que el mismo yugo, que es pesado, consideradas solo las fuerzas naturales, se hace leve, concurriendo con ellas los auxilios divinos. Y así concilian los Padres comunmente aquellos textos.

38 Tambien puede responderse que el Redentor habla solo de los primeros pasos de uno, y otro camino; de modo que el camino de la virtud en los principios es trabajoso, despues facil; al contrario, el de el vicio facil al principio, y despues trabajoso. El contexto mismo da luz para esta inteligencia. Pues animando Christo á los hombres á que sigan el camino de la virtud, parece que toda la dificultad pone en la en-

trada: *Intrate per angustam portam*, dice en S. Matheo. *Contendite intrare per angustam portam*, pronuncia en S. Lucas; como si dixera: en la puerta, ó entrada está toda la resistencia; y así, animaos, forcejad, batallad, *contendite*, para vencer la arduidad que hallareis en la estrechez de la puerta.

39 Es así. Esta puerta es tan angosta, que se estruja el recien convertido entre sus quicios, hasta exprimir tantos embebidos afectos. No solo se rasga el cutis en la estrechura, mas aun se dexa en ella despedazada la propia carne. Pero pasado este tránsito dificil, se va ensanchando poco á poco el camino, hasta dilatarse en florido, y espacioso valle:

*Largior hic campos æther, & lumine vestit*

*Purpureo, Solemque suum sua sydera norunt.*

40 La senda de el vicio está organizada muy de otro modo, y se parece á un conducto, que, segun los Naturalistas, tiene para su caverna el Raton de la India. Este sagacísimo animal, sabiendo la ojeriza que con él tiene el Dragon, y conociendo la desigualdad de sus fuerzas para resistirle, se defiende de él, y le vence con la siguiente industria. Fabrica dos entradas á su cueva; la una angosta, y proporcionada á su cuerpo; la otra muy ancha en la superficie de la tierra, pero que se vá poco á poco angostando de modo, que en la parte mas profunda no es mayor la concavidad, que la que corresponde al cuerpo de el Raton. El uso es este. Quando se ve acosado de aquella bestia voraz este pequeño animalejo, huye á su cueva, entrándose por el conducto grande; y no dudando el Dragon de seguirle, se arroja al boqueron, que ve capaz de toda su corpulencia; pero como este insensiblemente se va estrechando, necesariamente se sigue que la bestia quede cogida, y aprisionada en la estrechura, sin poder retroceder: lo qual conocido muy bien por el Raton, sale por la otra puerta, y se venga en el Dragon muy á su gusto, haciéndole pasto de su apetito, y de su ira.

41 El stratagema de este animalejo es puntualmente el mismo que practica con el hombre el demonio. Pónele el camino de el vicio en la superficie muy ancho, con que no rezela el mísero entrarse por él en seguimiento de la presa de el deleite. Vase estrechando poco á poco el camino. De aquí aprieta un cuidado; de allí otro. Entre la dolencia, y la edad, que están muy llegadas una á otra, se van encogiendo los miembros, y perdiendo su uso. El miedo, la solicitud, el dolor, la pesadumbre aprietan cada vez mas, hasta ponerle en tanto estrecho, que ni aun el alma, con ser espiritual, se puede revolver. Por este camino llega, en fin, el pecador á lo sumo de la angustia, á aquel infeliz estado, de donde es imposible el retroceso: *Ubi nulla est redemptio*, donde será eternamente pasto de aquella rabiosa sabandija, que nunca sacia, ni la voracidad, ni la saña: *Mors depascet eos*. Donde expone el Cardenal Hugo: *Diabolus depascet eos*.

42 Esta notable diferencia, y oposicion que hay entre el camino de la virtud, y el de el vicio no se ocultó aun á los mismos Gentiles: porque para este conocimiento basta la razon natural; y así pintó hermosamente Virgilio la distincion de una, y otra senda en estos versos:

*Nam via virtutis dextrum petit ardua collem,  
Difficilemque aditum primum spectantibus offert;  
Sed requiem præbet fessis in vertice summo.  
Molle ostentat iter via lata; sed ultima meta  
Præcipitat captos, volvitque per ardua saxa.*

43 Habiendo yo algun tiempo há dictado la siguiente Carta á un Monge de mi Religion, para una hermana suya, persuadiéndola á que se hiciese Religiosa, con el motivo de representarle mas conveniencias temporales dentro del claustro que en el siglo; me pareció conveniente ingerirla aquí, porque pertenece al argumento que seguimos en este capítulo, y le esfuerza mucho.

CAR-

## CARTA

*De un Religioso á una hermana suya, exhortándola á que prefiriese el estado de Religiosa al de casada.*

Otra vez, hermana mia, y con distinto modo vuelvo á combatir tu resistencia sobre el asunto que tantas veces lo ha sido de nuestras conversaciones; esto es, persuadirte á que abracés el estado Religioso. Ya hacia cuenta de que se me habian acabado las armas para esta empresa, pues no me sugirió razon alguna mi discurso, cuya eficacia no haya burlado, ó tu agudeza, ó tu indocilidad. Mas ahora me ha ocurrido usar de otras bien diferentes, y aun bien impropias, si se consulta la opinion comun; pues dexando aparte las importancias de aquel estado, para llegar á nuestro último fin, he de tentar reducirte por el camino de la conveniencia temporal.

Ya me parece que te veo estrañar el intento, y aun darle el nombre de desvario, como que esto sea lo mismo que querer que vuelés al Cielo, sin apartarte de la Tierra, ó que navegues al otro emisferio, sin perder de vista la orilla. Dirás que no deben buscarse conveniencias temporales en la Religion; y que, aunque se busquen, no se hallan. A lo primero facil, y brevemente satisfago, con que las que te propondré, así como lícitamente pueden gozarse, tambien sin delito pueden apetecerse; mayormente siendo de tal calidad que no perjudican, antes conducen á la vida espiritual. A lo segundo no niego que así se piensa comunmente. Mas á la verdad, el mundo está tan ciego, que basta que sea el dictamen mas válido, para ser el mas errado.

No ignoro las espinas de la Religion, y las flores de

»de el siglo. El error está en juzgar que aquellas son es-  
 »pinas sin flores, y estas flores sin espinas. ¡Quánto ma-  
 »yores asperezas encuentra la experiencia en las ame-  
 »nidades de el mundo, que en los rigores de el Claus-  
 »tro! ¡O si vieras las lágrimas de tantos infelices que  
 »las lloran! No quiero que consideres ahora aquellas,  
 »á quienes la baxeza de el nacimiento, ó la falta de  
 »industria, puso en el miserable estado de mendigar el  
 »sustento, ó en el penoso afan de regar la tierra con  
 »su sudor. Atiende solo á las mugeres de tu calidad, y  
 »de tus medios. ¿A qué parte volverás los ojos, donde no  
 »veas alguna que te los lastime con sus tragedias? Esta  
 »gimiendo debaxo de la opresion de un tyrano, que  
 »transformó en esclava á su consorte: aquella fugitiva  
 »de los furores de un zeloso, buscando un rincon don-  
 »de salvar la vida: la otra sufriendo los distrahimien-  
 »tos de un perdido, en cuya compañía solo ha halla-  
 »do un hombre que la desprecie, sin que el discurso  
 »le ofrezca remedio para no sentirlo. *si siempre obnox*  
 »Dirás que estas son pocas, y mas razon hallas  
 »para contarte en lo venidero entre muchas dichosas,  
 »que entre pocas infelices: especialmente, quando en  
 »las prendas que te adornan, tienes los instrumen-  
 »tos para domesticar un genio indocil, en caso que ese  
 »illegue á ser dueño de tu alvedrío. *ip o, amé. Tal obc*  
 »Muy engañada vives, y muy mal conoces la com-  
 »plexion de el genio de los hombres, si fias tanto en  
 »tus atractivos. No es su condicion apreciar lo precio-  
 »so, sino lo raro. Solo estiman lo que no poseen; y si  
 »les merece alguna atencion la alhaja poseída, es solo  
 »quando la posesion no es segura. Mas llegando el ca-  
 »so de no poder enagenarla, como sucede en nuestro  
 »asunto, no solo la miran sin cuidado, pero aun con  
 »tedio. La soberanía de el matrimonio muy pocos dias  
 »consiente los privilegios de la hermosura. Es prenda  
 »esta que con el tiempo se pierde; pero respecto de el  
 »dueño de ella, mucho antes se pierde su estimacion.

»Ni

»Ni hay que fiar mas en las prendas de la alma.  
 »Son estas á la verdad de un temperamento mas fuer-  
 »te, y mas proporcionado para conservar mucho tiem-  
 »po su valor. ¿Mas qué importa, si en aquel comercio  
 »de las almas es el antojo quien pone precio á las co-  
 »sas? Todo lo continuado enfada. No hace regalado al  
 »manjar lo dulce, sino lo exquisito. El plato mas sa-  
 »broso, muy repetido, engendra hastío. Aquel *siempre*  
 »que se le atraviesa en la imaginacion al que posee de  
 »por vida, llena de mirra, y acibar lo mismo que  
 »goza. Nada tiene el hombre mas inconstante que el  
 »gusto. En su aprehension mejora como mude, aun-  
 »que mudando empeore. Resueltamente me atreveré á  
 »decir, que para hacer mas durable su complacencia, le  
 »estaría bien á la discreta poder hacerse tonta, y á la  
 »hermosa transformarse en fea. La que tuviese juris-  
 »dicion sobre sus facciones de alma, y cuerpo, para  
 »mudarlas á su gusto, erigiría un tribunal ejecutivo  
 »de las deudas de el cariño. Si el marido se tiene por  
 »discreto, á tí que lo eres, te mirará con ceño, como  
 »á quien le litiga, ó le usurpa la prerogativa de orá-  
 »culo de la familia. Si no se imagina tal, aún estás mas  
 »arriesgada á sus desvíos, considerándote un fiscal  
 »inevitable de sus desaciertos. *siempre parte sus no toq*  
 »Supuesto, pues, que tus gracias no te conceden  
 »inmunidad contra los infortunios, tampoco debes li-  
 »sonjearte sobre el corto número de las mugeres desdi-  
 »chadas. No son muchas, á la verdad, las que lo pare-  
 »cen. Menos aún las que se quejan. Pero esto consiste  
 »en que los sinsabores de el matrimonio, en parte los  
 »oculta el rubor, y en parte la razon de estado. Tiene  
 »el tálamo mil linages de disgustos, y muy agrios, pa-  
 »ra quienes la modestia aun no ha hallado voces. Cré-  
 »me sobre mi palabra, ya que no permite descender á  
 »mucha individuacion esta materia. *siempre 20300 yun*  
 »Pero en lo que se concede á las palabras, hallarás  
 »harto motivo á sus temores. Las aborrecidas, ó des-  
 »pre-

»preciadas de sus maridos son infinitas; y esto sin que  
 »nadie lo entienda, porque se interesa en el silencio  
 »el pundonor de uno, y otro consorte. En la muger es  
 »mas fuerte la razon del disimulo; porque aprehen-  
 »diendo como la mayor ignominia ser objeto del despre-  
 »cio, tiene por lo mismo quejarse de esa injuria, que pu-  
 »blicar su propia afrenta. Ni aun en las mayores impa-  
 »ciencias violará el secreto; que para este intento tiene  
 »muy pronta la vergüenza á cortar las marchas de la ira.  
 »Pero; ¿ó qué horrendo martirio es para una mu-  
 »ger padecer ultrages de quien desea adoraciones! Es-  
 »to, aun sin la experiencia, lo conocerás en tí misma  
 »como te registres el alma; sino es que en tu fábrica  
 »haya omitido la naturaleza una propiedad, que es ca-  
 »si esencia de ese sexô.  
 »¿Vés qué tan sensible es para una muger verse  
 »aborrecida? Pues no lo es menos aborrecer. La cir-  
 »cunstancia de aborrecido en el que es preciso vene-  
 »rar como dueño, hace la sujecion intolerable, espe-  
 »cialmente en aquel género de dominio. Es fastidiosí-  
 »simo, sobre quanto se puede explicar, el íntimo co-  
 »mercio de aquel estado, para quien mira con des-  
 »agrado al acreedor de sus condescendencias. La mu-  
 »ger en esta parte tiene mucho mas que sufrir; por-  
 »que mas aprisionado el alvedrío, no goza la libertad  
 »de templar el tedio de tan molesta compañía, hacien-  
 »do algunas breves ausencias de su casa.  
 »Pues, hermana mia, si te he de decir abiertamen-  
 »te lo que siento, muy pocas mugeres considero esen-  
 »tas de padecer por alguno de estos dos caminos. Haz  
 »reflexion sobre lo que arriba te llevo dicho, de la ins-  
 »table condicion de el gusto, de que en una continua-  
 »da posesion, aun lo mas precioso está expuesto al des-  
 »precio; y ajustada bien la cuenta, hallarás que en  
 »muy pocos consorcios se puede pronosticar sino una  
 »cortísima vida á las ternuras. Las rencillas de los vul-  
 »gares nos ofrecen una prueba segura de esta verdad;  
 »pues

»pues siendo así que tienen menos delicado el gusto,  
 »y por tanto menos arriesgado el afecto á morir de el  
 »accidente de el fastidio, segun pueblan el ayre de  
 »clamores, parece el vínculo que los liga, cadena que  
 »los molesta. Son fáciles de contar sus caricias, y no  
 »hay guarismo para las quejas. No presumas menos  
 »dolores en los nobles. Lloran mas, y tienen mas que  
 »llorar; pero sus lágrimas vuelven á caer sobre el co-  
 »razon, porque varios respetos les cierran la salida  
 »de los ojos.  
 »No me detendré en pintarte otras muchas desazo-  
 »nes, de que pocos matrimonios se escapan; porque  
 »como mas perceptibles, á nadie se esconden. Pero no  
 »dexe de repasar tu memoria la multitud de cuidados  
 »que tienen en continua tortura el corazon de una ma-  
 »dre de familias. ¿Quánto desconsuelo si no hay hijos!  
 »Y quánto afan si los hay! ¿Qué vigilancia basta para  
 »su buena educacion? Si salen malos, ¿qué disgustos  
 »no ocasionan? Si son muchos, ¿qué congojas al pen-  
 »sar en el modo de darles estado á todos? ¿Qué dolor,  
 »si muere alguno? ¿Trabajosa fecundidad la de las ma-  
 »dres! Pues los dos extremos opuestos de nacer, y mo-  
 »rir los hijos, todo ha de ser á costa de sus dolores.  
 »Añade á esto la atencion continua que pide el gobier-  
 »no de la hacienda, y de la casa, las inquietudes de  
 »los pleytos, los atrasos domésticos. Y por decirlo en  
 »una palabra, si nos manifiesta el corazon una madre  
 »de familias, no habrá momento en que no le veamos  
 »atravesado de la espina de algun cuidado penetrante.  
 »Y especialmente en estos tiempos, en que el mundo  
 »se ha puesto de tan mal semblante, que no puede mi-  
 »rarse sin horror; y las lágrimas de este valle ya he-  
 »chas diluvio, crecieron hasta inundar el mas eleva-  
 »do monte: quiero decir, que el nacimiento mas alto  
 »está sujeto á varios rebeses de la fortuna, de cuyos  
 »insultos antes se juzgaba privilegiado.  
 »Vuelve ahora al retiro de una Religion los ojos,  
 »aun-

»aunque no sea sino por descansarlos de la fatiga de  
 »mirar tantos objetos funestos. ¡O qué distinto teatro  
 »es este! Hay aquí (no se puede negar) varias penali-  
 »dades; pero tan proporcionadas á la flaqueza del sexô,  
 »que á la mas debil le sobran fuerzas para el grava-  
 »men. El principal consiste en algunas horas de Coro,  
 »distribuidas de modo que no alteran las de el sueño.  
 »Y aun esto no sé si lo llame trabajo; porque siendo  
 »la Oracion vocal devocion, como innata á las muge-  
 »res, parece que Dios les ha colocado el mérito en lo  
 »que para ellas es gusto. En todo lo demas, las leyes  
 »tan moderadas, como dictadas por la prudencia, y  
 »administradas por la caridad. Este es un imperio don-  
 »de reyna el amor. Quantas compañeras tuvieres, otras  
 »tantas hermanas tendrás, que en la afficcion te consue-  
 »len. La tranquilidad de ánimo con que se vive, es es-  
 »timable sobre todos los tesoros de la tierra. ¿Y qué  
 »precio hay que pueda igualar aquella ociosidad de  
 »cuidados? Pues la particular no tiene que pensar, ni  
 »en la familia, ni en la hacienda, ni aun en el susten-  
 »to propio. Toda la solicitud se la llevan Dios, y el  
 »alma. De aquí depende haber Conventos, donde las  
 »mas de las Religiosas á porfia huyen de ser Preladas,  
 »no tanto por virtud, quanto por conveniencia; por-  
 »que saben que lo pasan mejor siendo súbditas.

»¿Acaso te horrorizará una clausura continua? A es-  
 »ta dificultad no tendria que decirte, si consultase solo  
 »á mi discurso; pero gracias á Dios que puedo usar de  
 »luces mas sagradas para disipar esas sombras. Es ca-  
 »si increíble lo que voy á decirte. Habiendo frequen-  
 »tado algun tiempo los Confesonarios de las Religiosas,  
 »ninguna hasta ahora, en la manifestacion de su con-  
 »ciencia, me tocó la materia de clausura. A ninguna  
 »jamás oí ni el menor desconsuelo de padecerla, ni la  
 »mas leve tentacion de violarla. Esto en lo natural pa-  
 »rece que no cabe; pero gasta Dios muy especiales  
 »atenciones con sus Esposas, suavizándoles, aunque

»sea

»sea á costa de milagros, las prisiones en que le han  
 »sacrificado su libertad.

»Casi lo mismo sucede en la observancia de otra  
 »obligacion, no menos esencial, que en la aprehension  
 »de los espíritus plebeyos trahe achacosa la quietud  
 »interior de las Religiosas. Y es, que estos, puesta  
 »siempre la mira en la villana condicion de nuestra na-  
 »turaleza, no tienen ojos para las maravillas de la gra-  
 »cia. ¡Notable error, no distinguir lo que pueden Dios,  
 »y el hombre, de lo que puede el hombre solo! ¡Y gran  
 »temeridad aventurarse á adivinar qué producirá la  
 »tierra de que somos formados, sin hacer cuenta del  
 »beneficio del cultivo, y de los influxos de el Cielo! ¿Qué  
 »importa lo fragil de nuestro sér, si quien hizo el todo  
 »de la nada, mas facilmente podrá transformar el bar-  
 »ro en oro, y fabricar un diamante de un vidrio? La  
 »experiencia enseña, que en el Reyno de la Gracia,  
 »no menos que en el Imperio de la Naturaleza, de  
 »materiales muy débiles forma Dios piedras preciosas  
 »muy duras.

»Fuera de que no es menester recurrir á tan sagra-  
 »do asilo para repeler la injusticia de sospecha tan vi-  
 »llana. Dentro de lo natural sobran armas para la de-  
 »fensa: porque no es el temperamento de la mugeres,  
 »por lo comun, qual estos rudos le imaginan: ni han  
 »llegado á los umbrales de la verdadera Filosofia los  
 »que juzgan su complexion tan vidriada. Si lo es en al-  
 »gunas, es porque con sus propios excesos la hicie-  
 »ron enfermiza. Así, que hay cierta especie de pasiones,  
 »en quienes quien nunca ha sido vencido, apenas tie-  
 »ne que vencer. Y aunque en lo general los vicios son  
 »hijos de las pasiones, se puede decir con alguna pro-  
 »piedad, que hay pasiones que son hijas de los mis-  
 »mos vicios. Ociosamente he dexado correr en este ar-  
 »gumento la pluma, pues para tí es escusada la adver-  
 »tencia, y los ignorantes, á quienes reprehendo, no  
 »son capaces de entender lo que les digo.

»Ul-

»Ultimamente, para que acabes de formar concepto  
 »de lo que te está mejor, propondré á tu considera-  
 »cion una notable diferencia que hay entre uno, y  
 »otro estado, por lo que mira al placer de la vida; y  
 »es, que en el de la Religion siempre tu estimacion ha  
 »de ir á mas: en el de el siglo siempre ha de ir á me-  
 »nos. Pesa bien esta desigualdad en la balanza de tu  
 »discurso. En el mundo, donde solo es respetada la  
 »edad floreciente de tu sexô, así como fueres contando  
 »días, irás descontando adoraciones. O con qué dolor  
 »verás cómo se va despintando tu belleza en el espe-  
 »jo, y al mismo paso le va faltando á ese ídolo el cul-  
 »to! Créeme, que no hay muger que á sus solas no  
 »se quexe amargamente de el tiempo, siempre que  
 »contempla cómo le va robando poco á poco el méri-  
 »to, y el aplauso. Experimentarás que el mas obsequio-  
 »so, el mas fino, irá insensiblemente haciendo trási-  
 »to de el cariño á la tibieza, de aquí al olvido, y úl-  
 »timamente al desprecio: que en aquella postrimera  
 »edad se les escasea á las mugeres aun el tributo de  
 »las urbanidades. Son miradas de los domésticos como  
 »embarazo de la casa; y de los estraños, como núme-  
 »ro inutil de el Pueblo.

»Al contrario en la Religion, irá creciendo tu ve-  
 »neracion con la edad. En aquella República se mira  
 »con otros ojos el mérito de las mugeres. La hermosura,  
 »el donayre, el garvo, son alhajas de que no se hace  
 »aprecio; toda la estimacion se guarda para la expe-  
 »riencia, la madurez, y el juicio. El nombre de ancía-  
 »na, que en el siglo se oye como injuria, en el claus-  
 »tro se escucha como lisonja. Al favor de las leyes, co-  
 »mo se fueren multiplicando tus años, se irán aumen-  
 »tando tus prerrogativas. Y quando llegues á aquella úl-  
 »tima porcion inutil de la vida, atenderá cuidadosa la  
 »Religion á tu servicio, y consuelo, sin fatigarte con  
 »el peso de obligacion alguna. De este modo, con áni-  
 »mo tranquilo, y sereno, sin la inquietud de el mas le-

»ve

»ye cuidado, irás disponiendo dulcemente tu viage de el  
 »tiempo á la eternidad.

»Esto es, hermana mia, lo que se me ha ofrecido re-  
 »presentarte, para el efecto de moverte á elegir lo mejor,  
 »en lo que tanto importa acertar. Ruégote que leas con aten-  
 »cion este escrito; y bien que te sea molesto por su asunto,  
 »mírale con afecto, siquiera por ser un mensagero mudo de  
 »quien te quiere tanto. No deseo sino tu bien. Tu feliz  
 »suerte la cuento por una de las partes esenciales de mi  
 »dicha. Por eso solicito con tanto ardor que la conozcas,  
 »y la elijas; pero sin emplear otro medio que el de la  
 »persuasión, escusando aun el del ruego. Tantá abstrac-  
 »cion pide el intento; pues no es capaz de otra fuerza que  
 »la que hicieren las razones. Son tan soberanos los fueros  
 »que goza el alvedrío en la eleccion de estado, que los  
 »ofende aun la súplica. Solo acometiendo á vencer el en-  
 »tendimiento, es lícito emprender la conquista de la vo-  
 »luntad. Este es un empeño solo de mi razon con la tuya,  
 »quedándose perfectamente neutral el cariño; y así en  
 »mí hallarás siempre el mismo, que te rindas á mis suges-  
 »tiones, que las repruebes; y aun acaso mayor, si una  
 »errada eleccion te hiciere poco feliz: que un sentimiento  
 »compasivo da mas ternura al afecto. En fin, en todas for-  
 »tunas, y en todôs acontecimientos soy tuyo.»

*Esta Carta hizo el efecto que se deseaba; y la Señora  
 para quien se escribió, es hoy muy observante Religiosa en  
 un Convento Cisterciense.*